

asesinado por los puritanos. Este acontecimiento encendió una guerra civil. La reina madre triunfó con el auxilio de la Francia del partido de los rebeldes que la Inglaterra sostenía, y se apresuró á otorgar esponsales entre su hija y el delfín Francisco II, y á trasladarla á Francia.

Los altercados de Escocia con Inglaterra se amortiguaron con la caída del protector. El influjo de Warwick, sucesor de Somerset, no fué menos favorable que el de éste á la reforma, pues el ambicioso ministro indujo á Eduardo VI moribundo á dejar su corona á Juana Grey, biznieta de Enrique VII, en perjuicio de los derechos de María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina. Juana fué reconocida en Lóndres; María se hizo proclamar en Norfolk: y al cabo de doce dias Juana arrancada á pesar suyo, á la edad de diez y siete años, de una vida oscura y entregada al estudio, fué arrojada desde el trono á la torre de Lóndres junto con su marido Lord Dudley, y entró triunfante en Lóndres María, católica decidida que iba á depositarse con Felipe, hijo de Carlos V. Volvió á colocar sin demora en sus sillas á los prelados católicos, prendió á Cranmer, renovó las antiguas relaciones de la iglesia de Inglaterra con la Santa Sede, y despues de preparados los ánimos con algunas medidas llenas de moderacion y de prudencia, hizo declarar por el parlamento restablecida en Inglaterra la religion católica, apostólica, romana. Las cámaras de los lores y de los comunes sancionaron sin resistencia este nuevo cambio, y un donativo de un millon doscientas mil coronas les dispuso á consentir en el matrimonio de la reina con Felipe II. La política exigió la muerte de Juana, desgraciada rival de María y víctima de ambiciones estrangeras, y no falta quien atribuye al influjo de Felipe la mayor parte de los suplicios con los cuales María creyó afianzar su obra de restauracion religiosa. Cranmer murió en una hoguera despues de haberse retractado, y muchos amigos suyos y gran número de protestantes de todas condiciones sufrieron igual suerte. Estas crueldades no hicieron mas feliz ni mas tranquilo el reinado de María, que desamparada por el frío y severo Felipe, abatida por la pérdida de Calais, única plaza que los ingleses habían conservado en Francia, y amedrentada por los progresos de la herejía, murió jóven dejando el trono á su hermana Isabel, hija de Ana Boleyn.

Esta princesa, á la cual los católicos miraban como ilegítima, era protestante quizás tanto por política como por conviccion, y así fué que apenas ascendida al trono abolió todas las providencias de María. Jamás asamblea alguna hizo un papel mas triste que el parlamento inglés en esta época. Cismático, herege ó católico á gusto de sus príncipes, no se opuso á la voluntad de Isabel. Las cámaras que en el reinado de Enrique proclamaron la supremacía espiritual del rey manteniendo la fé católica, y que en el de Eduardo adoptaron la herejía, y la desecharon por orden de María, decretaron en el de Isabel el restablecimiento definitivo de la reforma, votando casi siempre por unanimidad. Solo los obispos católicos cumplieron con su honor resistiendo de mancomun y constantemente el cambio de religion; mas el clero inferior cedió casi en su totalidad. La reina castigó la oposicion primero con deposiciones y despues con destierros y confiscaciones, y en fin renovó el edicto de *hæretico comburendo*, y volvieron á encenderse hogueras contra los disidentes, como en el reinado de María. Isabel había adoptado mas bien las doctrinas de Calvino que las de Lutero, y sobre estos principios fundó la Iglesia anglicana ó alta Iglesia, muy distinta del presbiterianismo que proscribía el episcopado. Conservóse la antigua gerarquía; mas se ligó con la corona, y una mujer fué declarada jefe supremo de la religion.

La revolucion religiosa continuaba en Escocia con una violencia que iba siempre en aumento. Juan Knox de Ginebra establecía en ella un calvinismo tan enemigo del poder temporal como del espiritual. Este reformador escitaba el fanático celo de las poblaciones contra los monumentos, al par que contra las doctrinas del catolicismo, y cubría la Escocia de sangre y de ruinas, por lo cual la reina regente se vió obligada á enviar un ejército contra esos furiosos partidarios de la herejía. Reunidos estos en congregacion por medio de un *covenant* ó tratado contra la Iglesia católica, á la cual llamaban la congregacion de Satanás, invocaron el auxilio de Isabel quien se apresuró á socorrer á los enemigos del trono escocés y del catolicismo, mientras que los Guisas enviaban tropas á la reina. Mas á la muerte de María de Guisa fué preciso admitir un tratado por el cual María Stuard renunciaba para lo venidero el título de reina de Inglaterra, se obligaba á hacer salir de Escocia

las tropas francesas, y confiaba el gobierno á un consejo que debia dejar al parlamento la decision de los asuntos religiosos. Los protestantes se dieron prisa á convocar esta asamblea sin que hubiese siquiera un comisionado que representase en ella la autoridad real. El parlamento prohibió el ejército del culto católico, y pronunció las penas de confiscacion, de destierro y de muerte contra los infractores de esta ley. Organizóse la Iglesia reformada con el nombre de Iglesia presbiteriana: Knox hizo decretar la destruccion de las abadías, de las catedrales y de las bibliotecas, y el pueblo ejecutó con furor esta tarea digna de los bárbaros del siglo quinto. Sin embargo, si los nobles estuvieron de acuerdo con el pueblo fué con el objeto de aprovecharse de los despojos del clero católico, y como Knox propuso aplicar los bienes confiscados á la dotacion del clero protestante, contestáronle desdeñosos *que los nobles no iban á coger la llana para trabajar en la construccion de la Iglesia;* y los mas moderados declararon que estas ideas eran *ilusiones de una imaginacion piadosa, pero delirante.* Tal era tanto en Escocia como en Alemania el *desinteresado celo* de los partidarios de la reforma!

El matrimonio de María Stuard con Francisco II habia reunido en las sienas de aquella las coronas de Francia y de Escocia, mas perdió la primera por la muerte de su marido, y no pudo abandonar sin verter lágrimas el placentero pais de Francia, para ir á reinar en un pueblo salvaje y rebelde. Apenas se hubo presentado en medio de sus súbditos cuando á pesar de su bondad, de su dulzura, de sus gracias y de la prudencia de sus primeras medidas, todos se desencadenaron contra la que apellidaban idólatra é indigna de mandar cristianos. Juan Knox en sus sermones no le daba otro nombre que el de Jezabel: las intrigas de la envidiosa Isabel mantenian viva la irritacion de los ánimos, y la triste Maria hubo de emplear dos años de paciencia y de inauditos esfuerzos para hacerse tolerable á sus propios súbditos. Isabel queria darle por esposo á lord Leicester, á fin de establecer mejor en Escocia el influjo de Inglaterra; pero la reina de Escocia prefirió un marido escocés, y su enlace con su primo Enrique Darnley dió nueva ocasion á desórdenes y desgracias. Darnley, que bajo un aspecto seductor, ocultaba un alma baja y corrompida, no tardó en prodi-

gar ultrages y violencias á la reina. El asesinato del músico Rizzio favorito de la reina, á quien Darnley hizo matar en su presencia, acabó de hacerle odioso y despreciable para con su esposa. Por desgracia el conde de Bothwell, hombre todavía mas vil y ambicioso que Darnley, se captó la confianza de la reina: y como algunos servicios verdaderos le habian merecido insignes favores, osó pretender la mano de su soberana. La reina no accedió al divorcio, y pocos dias despues, mientras asistia á las bodas de una de sus doncellas, la esplosion de una mina sepultó á Darnley debajo de las ruinas de su habitacion. Acusóse generalmente á Bothwell de autor de este crimen. El resto de la vida de María Stuard, y sobre todo su muerte, no permiten creer que fuese cómplice de tan atroz delito; mas esta muger apasionada vehementemente y ligera, manifestó en toda su conducta con respecto á Bothwell tanta imprudencia como debilidad; hizole absolver por un tribunal, al cual ni siquiera se dió tiempo de oír la acusacion y las pruebas que presentaba el padre de la víctima; y todas las calumnias se desencadenaron contra la reina, cuando por la mas inconcebible ceguedad dió su mano al asesino. Esta falta ocasionó la pérdida de entrambos. Apenas habia pasado un mes desde que estallara la guerra civil en Escocia, cuando la tiranía que desplegó Bothwell dió motivo para que le espulsaran del reino, y María cayó en poder de los rebeldes que la encerraron en el castillo de Lochleven. Lord Douglas la obligó á firmar un acta en cuya virtud abdicaba la corona en favor de su hijo Jacobo VI, de un año de edad, y aunque poco despues pudo evadirse de la prision y volvió á empuñar las armas, fué vencida; y por no caer en poder de sus súbditos huyó á Inglaterra, que fué entregarse en manos de su mortal enemiga.

Isabel hizo instruir inmediatamente un proceso contra María, y aunque el regente Murray, hermano suyo, y muchos lores escoceses fueron sus acusadores, no resultaron pruebas del crimen que se le imputaba. En valde rechazó María las calumniosas imputaciones de sus enemigos, inútilmente se interesaron por su suerte varios príncipes: el entusiasmo general que escitaba la hermosura de Maria, y las imprudentes intrigas de Norfolk, de Babington y de otros señores que movidos por los atractivos y por las desgracias de la reina pagaron con la vida sus esfuerzos por libertarla.

solo sirvieron para acrecentar el envidioso odio de Isabel. El cautiverio de María despues de un juicio en que no habia sido dable declararla culpable, era una monstruosa iniquidad, y por esto Isabel dejó que se consumiera por espacio de veinte años en su prision, y por último firmó el decreto de muerte de aquella misma persona á quien con hipócrita compasion llamaba su hermana querida. Levantóse un cadalso en uno de los salones del castillo de Fortheringay; María subió á él con gran valor, consoló á sus afligidos criados, protestó de su inocencia y perdonó á sus enemigos. El dean de Petersborough pronunció la fórmula ordinaria. «Así perezcan todos los enemigos de la reina Isabel.» Una sola voz respondió *Amen*, entre los sollozos de todos los asistentes.

Isabel tuvo la osadía de aparentar dolor al recibir la noticia de una ejecucion que ella habia ordenado, mas ya estaba conseguido el objeto de su criminal política. Durante la borrascosa minoría de Jacobo VI, la Escocia habia estado casi constantemente sometida al influjo inglés bajo la regencia de Murray, hermano natural de María Stuart, y despues de Lenox, sucesor de Murray que murió asesinado. Llegado Jacobo á la mayor edad y temeroso de aumentar los embarazos de su gobierno accediendo á un rompimiento con la Inglaterra quedóse inerte en vez de salvar á su madre, y nada hizo para vengarla. Esta cobarde condescendencia que manchará para siempre el nombre de Jacobo VI, le hubo de valer un segundo cetro á la muerte de Isabel.

El final del reinado de esta es una no interrumpida serie de prosperidades. En lo interior, nada resistia al poder soberano que la reina constantemente rehusó compartir con otro aceptando la mano de un esposo, á pesar de ofrecérsela muchos príncipes. En lo exterior, su política triunfaba en todas partes. El genio y perseverancia de Isabel elevaron á la mas alta cumbre la pujanza de Inglaterra. Luchó ventajosamente contra Felipe II, cuya armada fué rota por el almirante Drake. Pronto se preparó un ataque muchísimo mas temible: dirigióse hacia las costas de Inglaterra una inmensa flota equipada en los puertos de España para desembarcar un ejército al pié de los muros de Lóndres, mas Isabel ni siquiera tuvo que combatirla: la armada invencible, como la llamaba con orgullo Felipe II, fué destruida por una tempestad; y los navíos

ingleses no tuvieron que haberselas sino con los restos dispersados por el furor de los elementos. Esta catástrofe dió un golpe funesto á la España, cuya pujanza marítima declinó rápidamente, mientras que á Isabel favorecian con sus descubrimientos los viages de Drake, de Cabendish, de Davis y de Raleigh. La Francia, la Holanda y la Rusia solicitaban su alianza; la Europa toda celebraba la gloria de la *bella vestal sentada en el trono de Occidente*.

A pesar de su vasto genio, Isabel cedió al influjo de sus favoritos, y mas de una vez pasiones culpables fueron los principales móviles de su política. Su cruel conducta para con los católicos, y las intrigas de Felipe II escitaron en Irlanda una sublevacion que reprimió Isabel, pero á costa de la vida de su mas querido favorito. El conde de Essex enviado contra los irlandeses, halló á su regreso una poderosa liga formada contra él por muchos señores, é irritado al ver á la reina poco dispuesta á sostenerle, se sublevó contra ella, fué detenido y ajusticiado por orden de Isabel. El suplicio del favorito mandado en un arrebató de cólera, sumió á la reina en una profunda tristeza que la condujo al sepulcro en 1603.

III.

La abdicacion de Carlos V habia dado á su hijo el reino de Nápoles y de Sicilia, la soberanía de los Países-Bajos, y la corona de España con todas sus posesiones en las Indias occidentales. El matrimonio de Felipe con María Tudor ponía á su disposicion las fuerzas de Inglaterra, de modo que si bien privado del patrimonio de la casa de Austria, gozaba de un poder colosal. Animado este príncipe de un celo ardiente por la fé católica, al paso que devorado por una ambicion sin límites, dedicó con inaudita perseverancia todas sus riquezas, todos sus ejércitos, todos los ardides de la política, toda la energía de su carácter inflexible, y todos los recursos de su vasto imperio y de su ingenio, á realizar el proyecto de aniquilar en el Occidente á los enemigos de la fé católica, hereges ó musulmanes, y establecer su supremacia sobre todas las naciones de Europa: que era tanto como dar cima á las gigantescas ideas en que se habian estrellado todos los esfuerzos de Carlos V. Su hijo debia sucumbir en la empresa, pues sublevaba contra la